

COMENTANDO

Cuanto más dinero se recauda más pobres hay en las calles. Los de España entera han venido a Madrid

Es sencillamente intolerable lo que está sucediendo en Madrid con la mendicid...

esa legión de pordioseros profesionales en charla amistosa con los agentes de la autoridad...

Es falso, completamente falso que sea imposible acabar con la mendicid...

El espectáculo es bochornoso y de él deberían avergonzarse las autoridades...

JUAN DE ARAGON

UN FRACASO Y UN EXITO

A la sombra de Shakespeare

(De nuestro redactor en París)

Casi al mismo tiempo se han estrenado en los dos primeros teatros de París...

... Y André Rivoire, poeta discreto y autor dramático estimable...

Shakespeare está siempre por encima de lo que pueda ocurrir con sus obras...

Viene todo esto a cuento para contradecir a los shakespearianos...

En resumen: se debe seguir adaptando a Shakespeare...

Ida Rubinstein se equivocó... Disponía de una adaptación excelente...

lo parece. Ida es una mujer escuálida, casi ingrátida, lenta, hierática y fantasmal...

Ignoro, en cambio, los que habrá empleado la Comedia Francesa en el novísimo...

ALBERTO INSUA

Conmemoración de la tercera República en Francia

Fiestas en proyecto

París, 7.—La ceremonia conmemorativa del 50.º aniversario de la tercera República...

LOS REYES DE BELGICA EN EL BRASIL

Se les prepara un recibimiento grandioso...

Río de Janeiro, 7.—La recepción de los soberanos belgas en Brasil...

Durante su estancia en Río, el Rey y la Reina belgas residirán en el Palacio de Guanabara...

DESPUES DEL TRANCE RABINDRANATH

(De nuestro redactor en Londres)

He de hacer el elogio de Londres, porque así como Madrid es la ciudad donde los hijos de España se dan cita...

le producía gran tristeza tener que confesarse que las multitudes del pueblo de Londres se congregaban para satisfacción de lo que no es sino capricho pasajero...

La razón de que este sermón no me entusiasme es que se me figura que le ocurre a Tagore lo que a otros orientales...

RAMIRO DE MAEZTU

Los Reyes de España llegan a París

La multitud los recibe con aclamaciones...

París, 7.—El Rey, la Reina y el Infante D. Jaime han llegado a París en el tren especial...

Fueron recibidos en la estación por representantes del Presidente de la República...

DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA: LA DE REDACCION, a Factor, número 7. LA ADMINISTRATIVA, a Arsenal, núm. 1.



- ¡Tanto tiempo sin vernos, Eufasio! ¿Qué tal marchas? - Vamos tirando.

MARQUEZ



Monte de caza

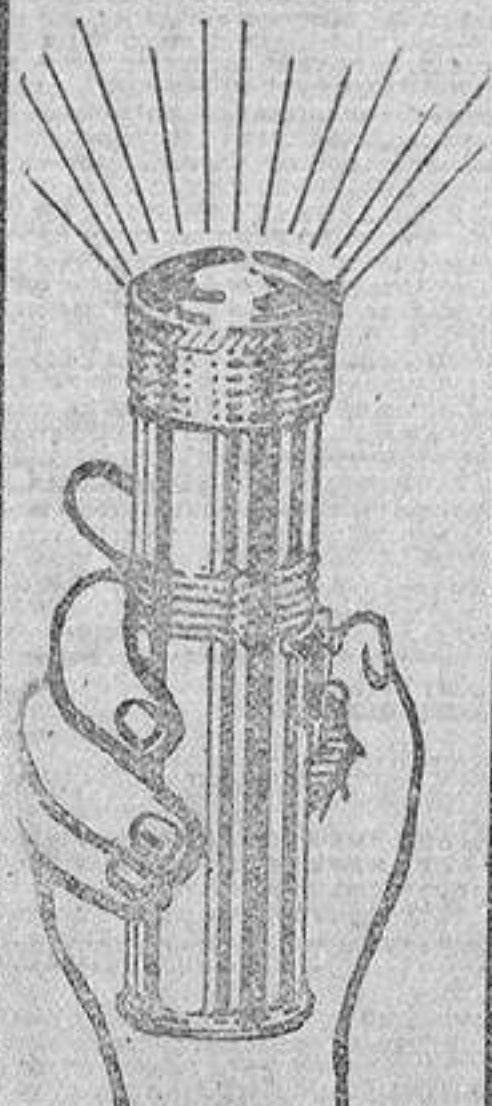
Tomaré en arriendo monte CON ABUNDANTE CAZA (preferencia PERDIZ) en las provincias de GUADALAJARA, MADRID O TOLEDO...

Negocio seguro: 1.000 pesetas rentan 50 mensuales. Informes: La Cooperación, Carrera San Jerónimo, 14...

Montadores prácticos, para motores a gas se necesitan; incluir presentarse sin buenas referencias...

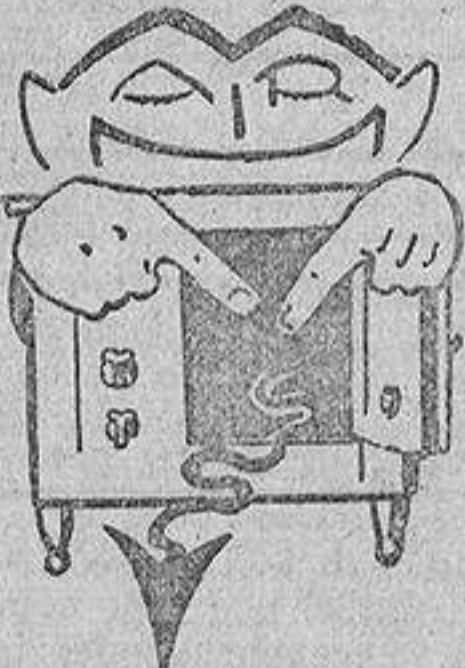
Pérdida de una perra forrier con manchas canela en la cabeza y una en el lomo. Atención por Play. Se gratificará al que la entregue en Peligros, 2.

La luz del día en la mano



Verdaderos y Excursionistas

Una lámpara eléctrica de la superior marca LOT es útil en todo momento y de comodidad incomparable...



CONSERVAN BEBIDAS

Las viandas frías mucho tiempo nuestros especiales ARMARIOS FRIGORÍFICOS; CESTAS completas para campo y viaje...

AUTOPIANO

nuevo, 88 notas, marca afamada, verdadera ocasión Fuencarral, 58, Hazen.

OFICINA TÉCNICA DE PUBLICIDAD PRADO-TELLO

Dispepsia, Gastralgia, con el ELIXIR GREZ tónico digestivo, se curan rápidamente todas las enfermedades del estómago...

DINERO

por letra a comercio y propietarios, sobre hipotecas, automóviles y toda garantía. Preciados, 10, 2º. De cinco a ocho.

MONTE DE CAZA

Deseo tomar en arriendo monte con abundante caza mayor en la provincia de TOLEDO...

CATARROS antiguos y recientes. TOSES, BRONQUITIS radicalmente CURADOS. SOLUCION PAUTAUBERGE. que procura Pulmones robustos, despierta el Apetito, aumenta las Fuerzas, seca las Secreciones y preserva de la TUBERCULOSIS.

NO VAGILE USTED. Si ha de comprar discos o aparatos en dirigirse a nosotros, solicitando catálogos, donde encontrará cuanto desee en repertorio, calidad y precios. Diríjase a ODEÓN, Preciados, 1, MADRID.

EL ILMO. SEÑOR D. JOSE HERNANDO ALVAREZ. AUDITOR DE DIVISION, DOCTOR EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO. Ha fallecido en Valladolid el día 1.º de Julio de 1920. Sus desconsolados hijos, D. Humberto (ausente) y doña Emilia; hija política, doña Leonor Campos...

MATERIAL FERROVIARIO

Compramos carriles, vagones, vagonetas, molinos, material de hierro y motores. Peligros, 3, entresuelo. S. A. LA VASCONGADA.

PRIMER ANIVERSARIO EL SEÑOR D. JULIAN GOMEZ DIAZ DE LA VEGA. Que falleció en La Granja (Segovia) El día 8 de Julio de 1919. R. I. P. Su desconsolada esposa, doña Manuela Gordero Redondo; sus hijos, D. Pablo y doña Inés; hermanos políticos, primos y demás familia...

LEGITIMOS NEUMATICOS INGLESIS DUNLOP. Agencia exclusiva de España y Portugal para los productos THE DUNLOP RUBBER CO. LTD., Birmingham (Inglaterra). SOCIEDAD ESPAÑOLA DUNLOP (S. A.) MADRID Claudio Coello, 106. BARCELONA Rambla Cataluña, 78. Telegramas, Telefonemas DUNLOP.

El gran sabio, ABATE HAMON, ha descubierto la manera de curar radicalmente, sólo por medio de plantas: la Diabetes Albuminuria, enfermedades del Corazón, Riñones, Hígado, Vias Urinarias, Estómago, Reumatismo, Tuberculosis Pulmonar, Tos, Bronquitis, Estreñimiento, Almorranas, etc., y toda enfermedad considerada incurable sin necesidad de sujetarse a ningún régimen alimenticio determinado.

VELLUDAS. Todo será inútil. Únicamente sometiendo a tratamiento con el EXTIRPAPOR DEL DOCTOR BERENGUER sin electricidad por su señoría o por vosotras mismas, lograréis veros libres de tan feo defecto, sin daño para vuestra salud ni cutis.

ANUNCIOS LOS TIROLESES EMPRESA ANUNCIADORA CONDE DE ROMANONES, 7 Y 9. ESQUELAS NOTICIAS RECLAMOS.

SOCIEDAD ANÓNIMA DE ÓMNIBUS AVISO. Participa al público que tiene establecido un servicio de transportes desde las estaciones de Atocha-Norte y Delicias a DOMICILIO, dentro del primer radio de la población a precios económicos...

LA PUBLICIDAD AGENCIA DE ANUNCIOS León, 20, teléfono 1.085. Se reciben Anuncios, Esqueles, Reclamos, Noticias y toda clase de publicidad.

Ozonopino Ruy - Ram. Perfume del bosque, con el bactericida trioximetileno, es el bálsamo de la vida, evita las enfermedades contagiosas y hace agradable la estancia en las habitaciones...

Para anisados. Para Licores. Para jarabes. Para escarchados. Para cañacs. FRANCISCO ALVAREZ CONSTANTINA Sevilla. VENTILADORES eléctricos, MATERIAL PARA instalaciones, LAMPARAS de un vatio y medio vatio. PRECIO DE ALMACEN. ROMERO. FUENCARRAL, 68. Teléfono 15-99 M.

MOTORES CROSSLEY A GASOLINA ALBERTO S. MAUDE GRAN VÍA, 1. - APARTADO NUM. 584. - MADRID. Aguas purgantes de COSLADA "LA MARAVILLA". Las AGUAS DE COSLADA constituyen el purgante más eficaz, rápido y seguro...

PILULES et Sirop BLANCARD. Los Productos de Blancard al Ioduro de Hierro (PILDORAS Y JARABE) son el Específico de ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDADES, RAQUITISMO. VINOS TINTOS DE LAS BODEGAS EN EL CIEGO (ALAVA) DE LOS HEREDEROS DEL EXCMO SR MARQUES DEL RISCAL.

Exposición de Burdeos de 1895.—DIPLOMA DE HONOR. La más alta recompensa concedida a los vinos tintos extranjeros. Exposición de Bruselas de 1910.—GRAN PREMIO. Exposición de Buenos Aires de 1910.—GRAN PREMIO DE HONOR.

DEPOSITOS EN ESPAÑA: Almería.—D. Juan Antonio Martínez, Reyes Católicos, 2. Avilés.—D. Alejandro González García, Arco de la Cámara. Ultramarinos. Barcelona.—Sr. Hijo de D. José Vidal Ribas, Rambla de San José, 23; calle de Pelayo, 42; calle del Hospital, 2, y plaza del Borne, 8.

LA FORESTAL DE URJEL. CALLE DE CORTES 684.—TELEFONO 1.210. DIRECCION TELEGRAFICA: MIBERN, BARCELONA. FABRICA DE CARTULINAS Y CARTONES FINOS EN MOLLERUSA (LÉRIDA) FABRICA DE PASTAS Y CARTONES EN BORJAS-BLANÇAS (LÉRIDA).

El alma sí veía...

José Francés

Suavemente, tímidamente, con un triste candor de recién desgraciada para quien su dolor parece único, la voz fresca, cantarina de muchacha, lanzó al aire lleno de rumores activos la vulgar súplica:

—¡Una limosna para la pobre ciega!
Todos los mendigos acogidos a la sombra piadosa del pórtico se soliviantaron. Los ciegos alargaron el cuello, interrogando con sus bocas entreabiertas sin hablar, con sus narices olfateantes, con sus oídos ávidos. La vieja baldada e hidrópica, caída en el suelo como un globo a medio inflar, y el viejo canchero de la cara roja hasta el hueso, cuchichearon. Al adolescente baboso, de las manos veludas y el cuerpo acobardado por los bruscos despertamientos de la epilepsia, le chispeó un mortecino fulgor en sus pupilas de pescado y le subió un hervor gutural que aumentó la espuma de sus labios relucientes. La mujer que vendía oraciones impresas, estampas, rosarios, medallas de aluminio, entre los cuales sus manos huesudas se movían como las patas de una araña enorme, la miró recelosa.

Y Lázaro, apoyado contra el fuste, que su cuerpo caldeaba todas las mañanas seis horas seguidas, sintió en el alma como un resplandor humilde.

Aún los rumores de la calle eran aislados, netos, en la clara calma matinal.

Entraban al templo los fieles de las ropas ruidas y las facies flacas, los fieles más pobres acaso que los mendigos cuyas manos rapaces les abrían su palma, mugrienta de cobre, al pasar.

En los muros de las casas la luz iba extendiéndose, encalidando levemente todavía el tono leproso de la piedra. En el cielo, ya bien azul, esas nubes blancas, redondas, llenas, de las glorificaciones, iniciaban rutras lentas hacia más allá de la línea desigual de las techumbres sorteando el peligro de engancharse en las cruces y las velas de hierro.

La campana—aquella campana pequeña, vovinglera de los amanecidos, despertada antes que las otras dos grandes, verduzcas, de un remoto nacimiento y de una misión más solemne—sonaba a aldea, a parroquia aldeañega en la hora sonora y diáfana.

Era entonces cuando los refugiados bajo el pórtico de Santa Paula hablaban de ellos mismos y pujaban sus dolores y se mostraban con el ademán o con las palabras las lacerias de su cuerpo y la miseria más recóndita de su alma. De cuando en cuando, Martina, la hidrópica, entre la desinflada y fofa circunferencia de sus carnes y de sus harapos, o Don Podre, el viejo canchero, o Serafín, el cretino, advertían la llegada de alguien. Y todos tendían la mano y el lamento.

Luego, ya crecida la mañana, no tenían tiempo para las confidencias. Las puertas chirriantes y que se cerraban con un golpe seco, oquedoso, durante el invierno; el ancho portón abierto, durante el verano, que despedía la bocanada fresca del templo y consentía ver, allá en el fondo, las luces del altar mayor, tragaban y devolvían los parroquianos de la fe. Y cada cual de los mendigos procuraba para sí y se excedía en humildad y en amargura y en palabras de un sabor milenario.

Más de dos años hacía que nadie comecía esta audacia de sentarse a su lado para desmigajar la misericordia diaria de los fieles. El último que lo hizo fue Serafín, y le costó varios garrotazos—esos terribles garrotazos de los ciegos—y una guantada de Don Podre. Pero él se obstinó en volver. Se revolcaba entre los pies costrosos, polvorientos, tumefectos de los mendigos, entre el hedor de las faldas que las ciegas no se quitaban en meses enteros ni para dormir, y echaba espumarajos y bizcaba los ojos y crispaba sus miembros velludos, y el «uuuu» gutural tenía el bronco brío de un estertor de fiera.

Martina, la baldada, la flotante en su propia hinchazón monstruosa, fue la primera en aceptarle. Ella había tenido un hijo también epiléptico, que marchó a Dios sabe qué caminos con un acordeón y unos cuantos romances patibularios. Tenía los ojos parecidos a los de Serafín y tendía con la misma ansia de este mendigo adolescente sus manos de simio a las mujeres jóvenes.

Incluso D. Acisclo, el párroco, Intervino. Se lo había recomendado una feligresía a quien se lo pidió su asistente, tía del idiota. Los mendigos celebraron junta una madrugada, antes de que el templo se abriera, agrupados como figuras de aque-

larre al fulgor lívido, friolento, de la luna. Don Podre se mostraba irreductible. Temía por el prestigio de sus carnes cancerosas, que excitaban más que las otras lacerias la compasión ajena. También Roque el romero—aqueel ciego del Norte que tenía las barbas grises, el rostro negro y los ojos sanguinolentos; aquel ciego que cantaba en las fiestas aldeanas coplas pícaras al son de la zampona y que un día de un mayo lejano emprendió su última romería a las llecas tierras de la meseta—se oponía a la admisión. Pero las mujeres pudieron más. Les agradaba sentir entre sus cuerpos llagados, olvidados del amor hacía tantos años, la pubertad bárbara del epiléptico.

En cuanto a Lázaro, el silencioso, el lleno de orgullo y de melancolía, el hombre que desgajó la guerra como esos frutos maduros que tiende a tierra inútilmente entre el crujido de las ramas hendidas la cólera del cielo cuando las tormentas, ni siquiera mostró su opinión. Se encogió de hombros, como si pudieran verle los demás ciegos, y se negó a tomar el tributo de las limosnas del primer mes exigido al epiléptico como condición para su ingreso en la cofradía mendicante del pórtico de Santa Paula.

Y ahora, al cabo de dos años, surgía otra miserable. Avanzó por la gradería de piedra con su báculo ferrado, tropezando con unos y con otros. Tanteó en las columnas de piedra, y donde le pareció hallar un sitio libre, allí se puso, entre la Señá Carmen y la Barrigas, las dos viejas más feroces, más consumidas por la avaricia, las que todavía no toleraban a Serafín ni se acercaban a él con la mala sana inquietud de María la Galga, ni mucho menos con el amor blando, gelatinoso como sus carnes, de Martina la hidrópica.

Vestía pulcramente y era joven todavía. En su rostro, en sus manos, la viruela había dejado cóncavas cicatrices donde cabían enteras las yemas de los dedos. La viruela había también como vaciado sus cuencas orbitarias. Pero conservaba una garrida apostura y el pelo tenía un resplandor denso y caudaloso de oro, y tenía sobre todo aquella voz clara, cadenciosa y acariciante que en el corazón de Lázaro había caído como una rosa que tuviera sonido igual a la frescura de su color.

Repetió la súplica:
—¡Una limosnita a la pobre ciega!
Y entonces todos se revolvieron contra ella.

—¡Fuera! ¡Fuera!
—¡Largo de aquí, bribona!
—¡Nos viene a robar el pan!
—¡Dadla un palo!
—¡Echadla a rodar por las escaleras!
La Barrigas y la Señá Carmen la empujaron violentamente. Don Podre la miraba con los ojos fulgurantes entre la putrefacción de su cáncer. Serafín reía estúpidamente y le empezaban a sudar las sienas y a correr por sus brazos crispados los primeros zigzagos del ataque.

Martina la fofa, la baldada, que tenía una voccecita feble, dijo:
—Aún es joven para pedir limosna a las mujeres. Los hombres la darían más.
Y todos rieron, menos Roque el romero, que parecía como incrustado en la piedra y de piedra él mismo con sus barbas grises y su rostro negruzco y su ropón de peregrino medioeval.

Pero Lázaro intervino:
—¡Callad! La caridad de Dios debe ser para todos.

La Barrigas comentó maliciosa:
—¡Claro! En cuanto ha oído que era joven...

Lázaro volvió a ella el rostro. En las cuencas vacías de los ojos hubo la nostalgia de aquellas chispas coléricas de la juventud.

—¡Callarás, vieja sucia?
Le temblaban las manos en el báculo, la voz en el apóstrofo. Nunca le habían oído tan agresivo. Desde cuatro años antes que apareció en el pórtico, era como si estuviera mudo además de ciego. Ni siquiera pedía la limosna con palabras. Tendía únicamente la mano, ancha, fuerte, mano de labriego y de soldado.

Don Podre, acostumbrado a su autortidad, añadió:
—Tiene razón, amigo Lázaro. Ya somos demasiados. Esa joven habrá de marcharse.

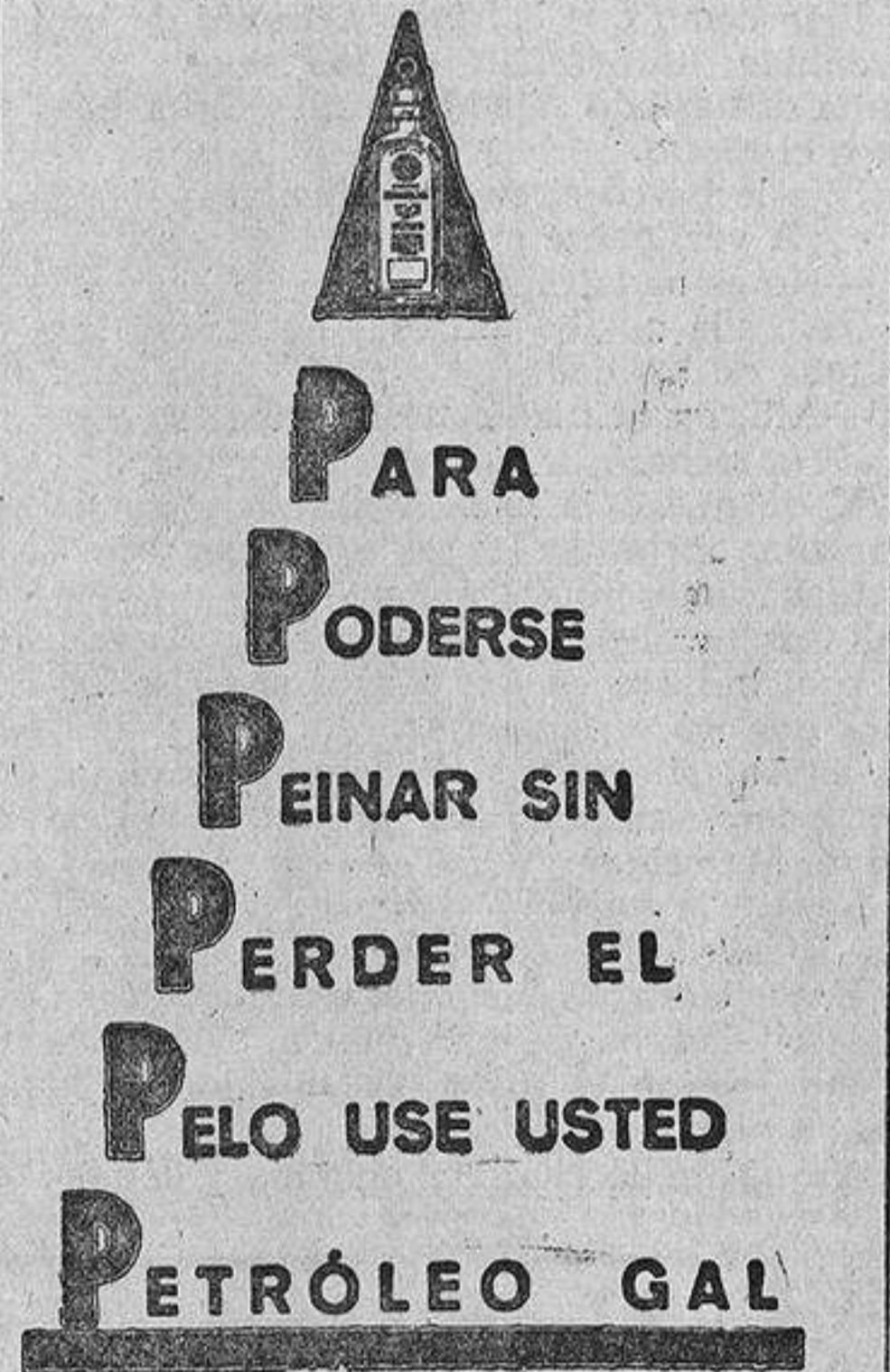
Lázaro oía llorar a la mendiga joven:
—Por piedad, no me echéis. Dejame aquí...

Y tendía sus manos a los que no podían verla, a los que no querían oír. Parecía ella, la pulcra, la garrida, con

su cabellera dorada, más miserable que todos mendigando a los mendigos viejos, harapientos, llenos de rencor, de piojos y de avaricia.

—¡Habrá de quedarse!—dijo Lázaro.
Don Podre creyó haber oído mal.
—¿Cómo?
—Lo pido yo. Y es preciso, lo exijo yo.

Hablaba Lázaro al viento que le traía el hedor de Don Podre. El no veía al viejo, no podía tenerle miedo tampoco; pero el viejo sí veía a Lázaro. Por eso



retrocedió contra la pared, temiendo aquel báculo sobre el cual se crispaba la mano fuerte del ciego.

—¿Ha pensado usted bien lo que dice?
—No pienso nunca ni lo que digo ni lo que hago. Lo único que os pido es que no despertéis en mí lo que está dormido. Nada más.

El sentido oscuro de estas palabras hizo pasar por las almas oscuras un soplo de terror.

Solamente la Barrigas, casi en voz baja, como a pesar suyo, replicó:
—Tal vez es su manceba.

Lázaro blandió el palo en dirección de la voz.

—¡Callará! ¿Fué tan terrible la voz, que todos callaron. El epiléptico se refugió entre las carnes monstruosas y los harapos fétidos de Martina.

—Yo os juro a todos, por la salvación de mi alma, que no sé quién es esta mujer. Que por primera vez he oído su voz. Pero eso no importa. Si es todavía hermosa como decís los que la véis, y se resigna a pedir limosna, basta para que todos la respetemos. Dejadla que permanezca entre nosotros. Que se ponga lejos de mí si queréis. Roque el romero la amparará.

—Ven aquí, rapaza—dijo el viejo de las barbas y el hábito de peregrino.

La intrusa, tanteando, guiada por la voz dulce, saudosa del mendigo, fué hasta él. Y ya en la mañana no se oyó su voz. Como si no hubiera un mendigo más, sólo se oía a Don Podre, a la Barrigas, a Martina, a la Señá Carmen.

Lázaro también había callado.
Y ambos deseaban oírse hablar. El hombre mauro, a la voz cantarina y fresca; la mujer rubia, a la voz orgullosa y brava.

II

Fatalmente habían de ir el uno al otro, con ese impulso mudo de las entregas de voluntad que luego se cambia en la solicitud ronca y torpe del deseo.

Los primeros días ella se acogía, como a un pétreo santo románico, a la compañía acremente silenciosa de Roque el romero; tendía la mano y procuraba no hacer ruido, pasar inadvertida, acechando aquella voz altiva y melancólica que la defendiera y que apenas había vuelto a sonar en las mañanas largas y las charlas de los mendigos.

El también esperaba la voz de ella, rubia como su pelo. Incluso no pudo aguardar más y un día la suplicó:

—¿Está ahí la ciega nueva?
La Señá Carmen se echó a reír.
—Ahí está. Haciéndose la mosquita muerta y llenándose de cuartos la faltriguera.

Ella, sintiéndose protegida por el viejo —cuyo ropón de peregrino, áspero y hediondo, la rozaban sus brazos desnudos— y por la frontera virilidad de Lázaro, protestó humildemente:

—No es cierto. Usted sabe, buena mujer, que eso no es verdad. Pero no me queje. Con estar aquí, tranquila, me conformo.

—¿Y por qué no pide?—insistió Lázaro.

Habría para todos. Además... No terminó. Se refugió de nuevo en el silencio hurafío. Iba a decirle que «además su voz le era grata, que no infestaba el aire como la de Don Podre, ni causaba una viscosa repulsión como la de Serafín, ni sonaba a taberna y a prostíbulo como la de María la Galga»; una voz juvenil en que las palabras sonaban claras, sin el silboso acento hipócrita de Martina la hidrópica.

Pero como tardara en oírle, insistió él:
—¿Por qué no pide? ¿Cómo se llama?

—Marcela.

—Pues bien, pida, Marcela, como los demás...

María la Galga rió burlescamente, con una risa de mala mujer donde hervía la salacidad y el rencor por antiguas repulsas de Lázaro.

—¿Y que la traigan chocolate a la señora!
Lázaro ni la oyó siquiera. Saboreaba el nombre de Marcela y la nostalgia de las dos bellezas que sugería, negadas para siempre al mísero: el mar amplio, libre; el cielo cambiante, extenso.

Ya bien avanzada la mañana, Marcela se atrevió a suplicar las limosnas. Y de cuando en cuando dejaba caer en el bolsito enorme del Romero algunas monedas como un tributo de gratitud.

Pero al sexto día no buscó el cobijo del Romero, sino del propio Lázaro. Se pretextó a sí misma aquella sucia audacia de Serafín, que supo castigar con un bofetón. Acaso el idiota, que se refugió el dolor y la rabia entre el cuerpo fofa, para él maternal, de la hidrópica, no volviera a atreverse de nuevo. Y, sin embargo, Marcela cambió de sitio. De la frialdad muerta del santo románico pasó a aquel cálido vigor inmóvil de dios pagano que presentía inconsciente en el ciego Lázaro.

El, al sentirlo junto a sí, tuvo miedo. Un miedo tímido, de niño; un miedo delicioso de aventura, un miedo de ansiedad por el odio maldiciente de los otros mendigos.

No se dijeron nada. Ni excusa en ella, ni afable acogida en él. Al contrario. Desseaba empequeñecerse, separarse para no rozarla con sus ropas, que tuvieron en otro tiempo la fanfarrona policromía de un uniforme militar.

Pero sentía el alentar de ella. Respiraba su limpieza y su carne juvenil.

Los otros mendigos fingieron no darse cuenta del cambio. Sólo Don Podre les miraba con ojos fulgurantes y roía su envidia como el cáncer le roía el rostro.

*

Era noche aún al día siguiente y en la plaza vacía sonaron de distintos lados sus bastones contra las piedras al mismo tiempo. Nada se habían dicho, y, sin embargo, acudían antes que los demás, como a una cita.

Un silencio abierto y hondo les cercaba. Sus pasos al subir las escaleras de Santa Paula tenían una sonoridad larga. Tentaron la puerta, cerrada aún. Hacía frío y aún los pájaros no habían despertado.

Antes de hablarse tatearon los sitios vacíos de los demás. Estaban solos, en una doble soledad de enamorados y de ciegos. Todo en torno suyo dormido y negro más allá de la negrura de sus pupilas muertas.

—¿Es usted, señor Lázaro?

—Sí. Ha madrugado hoy, Marcela.

¿Por qué?

—No sé... ¿Y usted?

—Tampoco...

Se le arrojó blandamente.
—¿Qué frío! ¿Verdad?

Y él, temblado de ser rechazado al principio, temblando al no serlo después, la atrajo hacia sí, pasándole su brazo por el hombro. La cabeza de Marcela se le recostó en el pecho y contra la barba sentía el cosquilleo de su cabellera rubia.

¿Cuánto tiempo pasaron así, palpitanes, secas las fauces, inmóviles y mudos? No lo supieron nunca. Les sorprendió la voz de Roque el romero.

—Santos y buenos días. ¿Hay alguno yo?

Y alargaba su báculo, ferrado en la punta.

Marcela, sobresaltada, se separó bruscamente. Lázaro le tapó la boca y contestó:

—Santos y buenos días, Roque.
El encanto se había roto. Pero una complicidad dulce unía ya sus pensamientos en un éxtasis igual.

III

Se marchaban juntos. El la acompañaba hasta su casa, situada al otro extremo de la ciudad. Conoció de este modo nuevas calles y le latió el corazón al sortear sus inéditos peligros. Marcela guiaba al principio y le hacía aprender el número de esquinas, los sitios en que era preciso aguardar al borde de la acera con la mano y la actitud suplicante para que alguien la ayudara a pasar entre los vehículos; le señalaba los jardines, ya presentidos por la frescura de sus frondas

Iban hablando en voz baja y sonriendo rostro al cielo con esa sonrisa feliz que tienen algunos ciegos sin saber por qué; pero que en ellos sí se sabía, porque les daba un resplandor dichoso a la cara cicatrizada por la viruela, a la cara cicatrizada por la guerra.

Acabaron por reunirse también en las tardes lentas de aquel verano. Se citaban en una plaza próxima a la casa de Marcela. Allí mismo empezaba el malecón de piedra que contenía el río y lo seguían hasta el final.

Al otro lado las aguas se deslizaban con un fresco rumor. De cuando en cuando se detenían, y recostados en el pretil acechaban el curso del río como si pudieran verle. Y recordaban otros ríos y otras horas remotas, cuando la luz fué suya.

Donde terminaba el malecón había un puente de hierro y luego el campo. Campo de árboles anchos de copa y robustos de tronco, a cuya sombra era grato sentarse y hablar mientras iban comiendo con esa calma de los ciegos a quienes su ceguedad parece haber evitado para siempre la impaciencia. ¿Para qué apresurarse? Todo es sombra y en todas partes hay infortunio.

Como la película que no podían ver y la novela que no podían leer, se contaron el uno al otro sus pobres historias.

Ella había sido una moza frívola y garrida, lanzada al deseo de los hombres demasiado pronto. Tuvo unos ojos tan verdes, que inquietaban como un maleficio, y una risa prolongada que turbaba el deseo viril y que no podían apagar los besos hambrientos. No eran unos «ojos naturales», le dijo alguien, sino dos gemas robadas a una princesa de cuento y que la princesa recobraría al fin, dejándola a ella ciega. ¿Cómo rió entonces, borbollándole la risa en la garganta y centelleándole en los dientes blancos, húmedos y menuditos! Frequentó el mundo desorbitado de los artistas y de los escritores.

Su cuerpo se daba por igual al amor y al arte. Tenía el orgullo de su perfección física y se desnudaba con el ademán de una reina que se envolviera en su manto de armiño. Desdén fortuna de hombres vulgares que empequeñecían el concepto que ella misma tenía de su belleza, acostumbrada a la exaltación de los estudios.

Llegó a pisar el tablado de un escenario sin saber cantar ni danzar, sin saber más que mostrarse medio desnuda en la culminación de las apoteosis, y reír al fulgor de las bombillas eléctricas y al bochorno pegajoso de la sala de butacas llena de hombres, y de los brillos redondos de los gemelos, que parecían morderla en la carne.

Y de pronto aquel bárbaro azote de la viruela. Los largos días de fiebre y de prostración en un hospital. Las costras que no se secaban nunca, y que se arrancaban en una loca furia, que dió lugar a que se atasen en el lecho y la dejaran así arder y consumirse en un suplicio horrendo. La ceguera por último.

Algunos amigos la enviaron dinero al principio. Después la fueron olvidando. No quiso ir como mendiga a los estudios donde tronó como inspiradora de artistas. Se dejó hundir cada vez más, y un día, teniendo como una humillación el ser vista y compadecida por los que la deseaban, marchó de la ciudad a otra ciudad y a otra, como si la vida fuera un cuento amargo y las gemas de sus ojos pudiera robarlas por segunda vez a la diadema de una princesa...

Lázaro fué labrador, fué emigrante, luego soldado. Amó la tierra con una pasión honda y ancestral. Y todo lo que de la tierra salía: los árboles, el agua y los flores. Y los humildes amigos del hombre, las bestias que le acompañaban sobre la tierra y le ayudaban a trabajarla y a recorrerla: los bueyes, los caballos, los perros...

También pastoreó ganado, y entonces le brotó aquel afán de contemplar los cielos largamente a las horas propicias de amanecido y atardecido, la comeción de escalar cumbres y seguir senderos y reposar en la mollicie de los valles cuando los días vanales. ¡Oh, el gozo de ver la luz sobre las cosas y de conocer las rutas del Mundo!

Y el ansia nunca satisfecha le llevó al otro lado del mar, no para recluirse en las ciudades nuevas, demasiado abrumadas de edificios, y ahorrar, soñoliento sin ensueños, monedas en el fondo de una fábrica o de un comercio. No. El sentía la necesidad de los espacios libres, las galopadas a campo traviesa, el tumulto fecundo de las selvas y las colmenas humanas de las granjas de labor, el hábito sano entre las tierras labradas por sí mismo. Y, sobre todo, contemplar la Naturaleza en un perenne deslumbramiento maravillado.

La guerra le atrajo como una mala hembra. Se reparó para que le sepultaran en el fondo de una trinchera angosta, para que reptase entre la tierra llena de fango, de sangre y de bestezielas menudas. Meses enteros en aquel angosto suplicio, sin ver al enemigo, disparando a lo desconocido y temblando de fiebre, de frío y de humedad. Y cuando al fin una mañana creyó

Compra un

P A C K A R D
que es el mejor automóvil

Sociedad : Teatros : Miscelánea

Sé cliente de
NEW ENGLAND
y cuanto uses será elegante

que iba a correr otra vez sobre la tierra con toda la bárbara alegría del combate cuerpo a cuerpo, cuando se lanzó de los primeros más allá de las alambradas recién rotas, algo flamígero y horribondo estalló a sus pies.

Las pupilas quedaron abrasadas para siempre; la carne del rostro y de los brazos le colgaba en pingajos sanguinolentos; una sed angustiosa le corroía las entrañas y la garganta. También él concibió el hospital, como Marcela. Pero uno de aquellos hospitales sonrientes, improvisados en palacios y hoteles de recreo, con enfermeras aristocráticas o reclutadas en el pasajero romanticismo de la cocotía. Se sentía rodeado de una atmósfera mimosa, le vendaban y desvendaban sus heridas unas manos teresas y perfumadas, le leían bellas historias de heroísmo y de amor unas voces femeninas tan bien timbradas que no parecían haber destemplado nunca los sollozos ni la cólera. Le paseaban a lo largo de avenidas cuidadosamente enarenadas en el aire fresco de las mañanas y en la calma melancólica de las tardes...

Tomaba el té como las gentes de mundo, y como las gentes de mundo asistía a conciertos de una música incomprendible para él, pero que le estrujaba de emoción la garganta.

Casi llegó a bendecir su ceguera y a temer que sus heridas cicatrizaran demasiado pronto.

Pero la curación primero, la paz después, se llevaron aquella deliciosa quietud donde sufría el cuerpo y el espíritu se adormecía en revelados deleites.

Lázaro fué uno de tantos inválidos, de tantos millares de ciegos como la guerra dejó olvidados y desvalidos y a oscuras en el Mundo. Él no quiso aprender ningún oficio sedentario que transfirieran a los individuos en una máquina. El sólo sabía labrar la tierra, conducir rebaños por valles y cumbres, lanzar el ¡jam! robusto de los leñadores en la brava libertad de los bosques. ¡Bah! Sería mendigo. Tendría el orgullo de su miseria. Y a semejanza de Marcela, abandonó la ciudad donde pudiera causar asco a las damas que ya no vestían el uniforme de la Cruz Roja, a las mismas que lavaron sus heridas y le sirvieron en bajos menesteres cuando la moda imponía esa rara distracción; marchó de una ciudad a otra y de aquella a otra, hasta ir a recostarse todas las mañanas en una de las columnas de piedra del pórtico de Santa Paula.

IV

Tuvieron que abandonar la iglesia. Su amor escandalizaba a las devotas, excitaba la envidia de Don Podre, de Serafín, de Martina, la Barrigas, de María la Galga, de la solterona consumida por la tuberculosis, que vendía libros piosos, estampas de la santa y medallas de aluminio.

Sólo Roque el romero permanecía impasible y ajeno, cada vez más negro su rostro, más blancas sus barbas, más rígido su brazo, tendido hacia la gente, que la obligaba a ladearse un poco para no tropezar.

Incluso una mañana en que Lázaro anudó al idiota por una procaacidad que se permitió decir entre la algazara de las cigas y el embobamiento de la hidrópica, sirvió para que D. Acisclo, el párroco, le llamara a la sacristía para afeár su conducta.

D. Acisclo sentía en el fondo cierto afecto a Lázaro. Gustaba de aquella ruda sinceridad del ciego tanto como despreciaba la hipocresía de los otros mendigos. Empezó aconsejándole que Marcela y él se casaran, y que luego abandonaran el templo; él les recomendaba al párroco de otra iglesia, les...

Lázaro le interrumpió. Su mano, que tantas veces se había tendido con la palma hacia arriba, avanzó en ademán contrario.

—¡Basta, D. Acisclo! Si pido limosna, no solicito consejos. Nosotros nos vamos porque nos da la gana irnos. Y nada más. Salí erguido de la sacristía, sin tropezar en las talladas cajoneras y en los sillones de anchos brazos. A lo largo del pasillo estrechico, impregnado del incienso de tantos años, su bastón sonaba isocrono contra los zócalos de ambos lados.

Por la tarde, sentados bajo uno de los árboles que había en la margen opuesta del río, Marcela y Lázaro decidieron no volver a Santa Paula. Se sentían más unidos que nunca; más felices también, con ese repentino bienestar que nos invade cuando nos libertamos de una costumbre enojosa y está en suspeso la voluntad para la elección futura.

La noche invadió el campo. Ellos se dieron cuenta por la naciente fresca que venía del río y por el silencio que iba creciendo en torno suyo. Pero no se movieron. Lázaro estaba tendido rostro al cielo, bajo el fulgor invisible de las estrellas, que le iluminaba el rostro. Ella, sentada junto al amado, tenía las manos en el regazo y una sonrisa blanca en la boca.

Y en la calma de aquella hora, amansada por la noche durante la calma de ju-

lio, la ciega contó un episodio de su vida pretérita que tenía el aroma de un poema.

En la ciudad donde nació Marcela había de ella una estatua. Era una Venus de mármol que se inclinaba sobre el tazón de una fontana. Y todo esto en el fondo de una plazuela de unos jardines. Marcela había sido la modelo y la amante del escultor. El había inmortalizado el cuerpo núbil, el rostro sereno y gracioso que ahora la Luna veía acibillado y deforme. La estatua había sido adquirida por suscripción pública y erigida en aquel lugar propicio y recóndito que conocían los niños y los novios. Más de una vez acudió Marcela a contemplarse y a hacerse contemplar frente a la estatua que tan fielmente la reproducía la silueta pura y sensual de su cuerpo.

Hasta una noche de verano, plácida como ésta de ahora, un poco ebria de alcohol y de juventud, fué al jardín con unos cuantos artistas, y completamente desnuda, dentro de la taza de piedra, retó a la estatua. Los artistas, que habían empezado por reír, callaron de súbito. Marcela también. El surtidor se rompía al chocar con el cuerpo cálido que la Luna blanqueaba y daba la misma serenidad estatuaría de la Venus...

—¿Te gustaría «verla»?—susurró al oído de Lázaro.

El tardó un rato en contestar. Y dulcemente, sintiendo esa extraña curiosidad que acomete a los hombres por ver los retratos antiguos, por asomarse a los pretéritos secretos de la mujer amada, contestó:

—¿Por qué no? Tanto da vivir aquí que allí.

*

Caminaron dos días y tres noches. Iban por los caminos con un regocijo de romeros. Descansaban a la sombra de los árboles, a la orilla de los ríos y bajo la cúpula del cielo, con todo el fastigio luminoso de los astros que no podían ver. El Mundo parecía creado solamente para ellos y pedían el pan como si pidieran flores, sin pena y sin rencor.

No eran ciertamente de esos mendigos vagabundos que arrastran por las carreteras sus facies torvas, sus harapos fétidos, sus lacras cercadas de un negro zumbador de moscas. Iban limpios y sueltos de ademanes, con el rostro sonriente y la actitud feliz. A ratos, Lázaro cantaba. Era coplas de antiguo mozo de mulas, «canciones de rutas», que evocaban aquel soldado que salió del cubil para caer deslumbrado por la metralla.

Al cabo de los dos días y las tres noches, llegaron a la ciudad donde Marcela tenía la estatua de su adolescencia.

Lázaro quería ir en seguida. Era una mañana de domingo. Los campanarios llenaban el aire de vibraciones metálicas. Por las calles, la multitud daba un rumor alegre y las bocinas de los automóviles estremecían un poco el corazón de los ciegos por el peligro invisible.

—¡Vamos?

—¡Oh!, espera. Tengo que orientarme. Además, ahora habrá mucha gente allí. Los domingos hay concierto público en los jardines; no podrías verme con tus manos sobre el mármol. Luego, a la noche, cuando no nos vea nadie. Podría encontrar alguien conocido.

Lázaro asintió, repentinamente triste. Por primera vez pensaba en el pasado de Marcela. En tantos hombres como habría en la ciudad que la conocieron cuando era la estatua viva, desglosada de aquella inmóvil que sonreía al agua de la fontana.

Anduvieron en silencio. La gente les tropezaban. Oían risas claras de mujer y los niños gritaban como pájaros que volaban ebrios de luz azul.

—¿Qué te pasa, Lázaro? ¿Por qué callas?

—Por nada. Déjame.

Ella adivinó, con esa clarividencia de las mujeres enamoradas que tienen seguro el corazón de su amante.

—¡Ay, bobo mío! Nadie puede conocerme ya. Soy otra. ¡Han pasado tantos años y tantas cosas! Ellos sólo conocen a la otra. Tú mismo, si recóbraras la vista por un milagro, te avergonzarías del engaño de tus manos y de tu alma.

—¡Bah! ¡Qué tontería! ¡Cállate, Marcela!

Sentía un dolor profundo. Comprendía entonces que habían hecho mal en volver a la ciudad donde la juventud de Marcela tenía una consagración pagana. Todas aquellas gentes que les rozaban al pasar la habían visto desnuda impudicamente ea medio de un jardín... Los futuros hijos de aquellos niños que ahora les tropezaban en las piernas al correr detrás de sus aros, también la verían. Y muchos años después de muertos los dos ciegos, Marcela seguiría desvelando los sueños de los adolescentes...

Y mientras tanto, él sólo tenía una Marcela envejecida, deforme, cuyas carnes perdieron la divina tersura, la dureza venusina.

¡Oh! ¡Cuán desgraciado se sentía en el fondo de su alma, que estaba ahora

toda iluminada con ese mismo resplandor de unos cirios funerarios!

—¿Lázaro! ¿Qué tienes? ¿Vas triste?

—¿Déjame! ¡Calla, Marcela, calla!...

Y seguían andando sin rumbo, sin hambre, sin cansancio, pero con una infinita pesadumbre de desencanto.

V

Bien alta la noche entraron en el jardín. Marcela se orientaba silenciosamente, temiendo que sus palabras de hallazgo y de recuerdo dolieran más aún a Lázaro.

Iban como dos ladrones a través de las avenidas; tropezaban en los setos; una rama demasiado saliente le rasguñó a Lázaro el rostro.

Ella le buscó el surco ardiente.

—¡A ver, pobre mío!

—No es nada, nada...

Pero ella notaba mojaditas de sangre las puntas de los dedos. Le pasó el pañuelo.

—Allí, en la fuente, te lavarás.

El la rechazó de un empujón brusco.

Y de nuevo la marcha incierta, con el corazón oprimido, el oído atento, abrumados como nunca por su ceguera, que tal vez les hacía creerse solos y, sin embargo, hubieran en los bancos seres solitarios que les verían pasar.

—¡Ah, sí, ya sé! Por aquí está el invierno—exclamó de pronto, a pesar suyo, Marcela.

Lázaro la oprimió el brazo.

—¡Calla! Pueden oírte.

Escucharon un instante, agudizando su sensibilidad hasta la angustia. Y tenuemente oyeron el ruido del surtidor en la calma tibia de la noche.

Ya no vaciló ella. Iba delante, y detrás,

Noticias de sociedad

EL CONDE DEL ASALTO

S. M. el Rey se ha dignado conceder la grandeza de España al senador vitalicio D. Ramón de Morenés y García Alesson, conde del Asalto, marqués de Grigny y barón de Cuatro Torres.

Al conceder esta merced, ha atendido el Soberano la solicitud hecha por los elementos más importantes de Tarragona y su provincia, para premiar así los servicios prestados por el marqués de Grigny a aquella provincia, a la que ha representado mucho tiempo en las Cortes.

Con este motivo los condes del Asalto están recibiendo numerosas felicitaciones, a las que unimos la nuestra.

CAPITULO DE BODAS

En la iglesia parroquial de Santiago se ha celebrado el enlace matrimonial de la señorita María de la Soledad Moreno Collado con D. Pablo Navarro Fernández.

Apadrinaron a los contrayentes el padre de la novia, D. José de la Morena, y la madre del novio, doña Victoria Fernández, viuda de Navarro.

Los nuevos esposos, a quienes deseamos una eterna «una de miel, han salido para distintas poblaciones del Norte.

—En Zumaya ha contraído matrimonial enlace la señorita María de Uriarte y Berasátegui con D. José Solano y Polanco.

Fueron padrinos D. Ramón Solano y doña Cristina de Berasátegui, firmando el acta matrimonial como testigos, el decano del Colegio de Abogados y ex alcalde de San Sebastián, D. Mariano Zuaznabar; D. Ramón Martiarena, don Luis y D. Casimiro Solano y D. Teodoro, D. José y D. Ramón de Uriarte.

Los recién casados, a quienes deseamos todo género de venturas en su nuevo estado, salieron en viaje de boda con dirección a Biarritz, París y otras ciudades de Francia.

—En Barcelona han contraído matrimonial enlace las señoritas Milagros y Anita Gaeta Aguilár, hijas de D. Manuel, con los jóvenes D. Miguel Bernadas y don Teodoro Wimmel.

Bendijo la unión el reverendo doctor D. Manuel Mestres, y fueron testigos de las bodas D. Federico Ferrer Romaguera, director de «La Unión Marítima»; nuestro compañero en la Prensa D. Juan Paulis y los Sres. D. Pablo Gaeta López y don Gabriel Domínguez.

Deseamos a los nuevos esposos una eterna luna de miel.

—En Ferrol ha contraído matrimonio la señorita Zoraida Lacaci con D. Arturo Caballo.

Apadrinaron a los contrayentes doña Adela Lenzano, viuda de Caballo, madre del novio, y D. Dicitino del Castillo, tío de la desposada.

Como testigos asistieron por parte de la novia, D. Benigno Caballo, D. Julio Carreras, D. Vicente Latorre y D. Guillermo de Cal, y por el novio, D. Arturo Lenzano, D. Emilio Junquera y D. Luis Ruiz Jiménez.

Terminada la ceremonia los nuevos esposos salieron para su posesión de la Faиска.

Deseamos todo género de venturas a la feliz pareja.

asido a su falda, Lázaro. El rumor de la fuente crecía. Ya estaban en la plazuela, ya tropezaron sus pies con el tazón de piedra.

—Ven. Por aquí, por este lado.

La estatua descansaba sus pies en el césped blando y húmedo. Lázaro, con las manos temblorosas, tocó el cuerpo juvenil de Marcela.

—¿Te gusta?

El no respondió. Iba tanteando la nariz perfecta, la boca menuda, entreabierta por la risa; la garganta plena, el seno, los hombros, los brazos...

—¿Te gusta?

No respondía. En su alma todo parecía derrumbarse ante la idea de lo irremediable.

—¡Contesta, Lázaro! ¡Contesta! ¿Te gusta?

Y las manos de ella buscaban el rostro de él, como las de él el rostro de la estatua. Húmedas de rocío las de Lázaro. Húmedas—¿de sangre, de lágrimas?—las de Marcela.

—¡Contesta, por la Virgen!

El se había separado un poco. Agachado en el suelo, buscaba una piedra. La encontró al fin, y entonces aquellas manos rudas, que manejaron los aperos agrícolas, que agitaron el hacha del leñador y que lanzaron las bombas a través de los campos de batalla, golpearon el mármol. Sonaba la estatua al romperse como debió sonar al ser creada en la alegría entusiasta del taller.

Marcela oía por segunda vez aquella canción del mármol.

Y la misma mujer que tuvo antaño un gesto de paganía gozosa, se dobló ahora en un gesto de cristiana resignación.

PETICIONES DE MANO

La baronesa de Gracia Real ha pedido en Sevilla la mano de la señorita Blanca Dávila Garvey para su hijo D. Jerónimo Domínguez y Pérez de Vargas.

—Por la madre del doctor D. José Romero, ha sido pedida para su hijo la mano de la señorita Juanita Cimorra.

La boda se celebrará en el próximo mes de octubre.

—Ha sido pedida en Cartagena la mano de la señorita Pilar García Vaso, hija del diputado a Cortes por aquel distrito, para el capitán de Infantería D. Angel Angosto.

La boda se celebrará en el próximo mes de octubre.

NATALICIO

Ha dado a luz una preciosa niña la esposa de D. Manuel Fernández Barrón, diputado a Cortes por Puenteareas.

Tanto la madre como la recién nacida se encuentran en inmejorable estado.

A los padres y a sus abuelos los condes de Bugallal enviamos nuestra felicitación.

ENFERMOS

Hállase algo mejorada de su padecimiento la esposa de D. Luis Boatella y Daguerre.

—Después de la operación quirúrgica que sufrió en una clínica de Burdeos, ha experimentado una gran mejoría D. Luis Gamero Cívico. Cuidan al enfermo sus hijos.

—El estado de D. Juan Vázquez de Mella sigue siendo satisfactorio.

—El pintor Sr. Iturrino, que sufre una larga enfermedad, ha sufrido una operación quirúrgica en un pie, operación que le ha sido practicada felizmente.

—Al marqués de González Castejón le ha sido practicada con éxito satisfactorio una operación quirúrgica.

NOTAS VARIAS

En el altar de las Mercedes, de Don Juan de Alarcón, ha recibido la primera comunión el niño Luis de Pereda y Grimal, hijo del autor y periodista Ramón María de Pereda y sobrino del orador sagrado reverendo padre Jesús de Pereda, de las Escuelas Pías de Monforte, el cual actuó en la solemne ceremonia.

—Es esperado en esta corte el nuevo encargado de Negocios de la Legación belga.

—Han regresado de Málaga, con su hija recién nacida, los marqueses de los Soidos y de Frómista, quienes están recibiendo muchas felicitaciones.

—Después de haber realizado varios trabajos, ha regresado de Orense el joven escultor Augusto Capitollino.

NECROLOGICAS

En Badajoz, donde tenía su residencia, ha fallecido doña María de la Concepción morra.

La finada era hija de D. Luis Sartorius, conde de San Luis, y hermana del ex ministro conservador que lleva este título y de doña Isabel, señora de Elorriaga.

Enviamos nuestro sentido pésame al viudo, D. Juan de Dios Pareja Obregón y Villena, conde de la Camorra, e hijos de la finada y a sus hermanos.

—Ha fallecido en esta corte un hijo de

D. José Padrós, a quien enviamos nuestro sentido pésame, así como a su esposa, por tan sensible pérdida.

—Ha fallecido en esta corte el joven periodista D. Francisco Ponz.

Reciba su familia nuestro sincero pésame.

—En Bilbao, donde residía, ha fallecido D. Ramón de Maortua y Castañiza, padre político del doctor D. José María de Otaola.

La esposa de éste salió ayer para Bilbao con tan triste motivo, y el Sr. Otaola marchará mañana para unirse al resto de la familia.

Reciba la familia del Sr. Maortua la expresión de nuestro pésame.

ANIVERSARIOS

Se ha cumplido el aniversario del fallecimiento de D. Santiago Mataix, por cuyo motivo reiteramos nuestro pésame a su familia.

—Mañana se cumple el primer aniversario del fallecimiento de D. Julián Gómez Díaz de la Vega.

Por su alma se dirán misas en La Granja (Segovia).

—En sufragio del alma de D. Saturnino Calleja se han dicho misas en la iglesia de San Salvador y San Luis Gonzaga por haberse cumplido el quinto aniversario de su fallecimiento.

SUFRAGIOS

Las misas que se celebren mañana en la iglesia de Jesús Nazareno serán aplicadas por el eterno descanso del alma de don Francisco de Borja Téllez-Girón y Fernández de Velasco, duque de Uceda y de Escazona, marqués de Villena y conde de Alba de Liste.

—Con motivo de cumplirse el viernes el aniversario de la muerte del diputado a Cortes D. Juan José de Gurtubay y González de Castejón, hijo de la marquesa de Velada y hermano de la duquesa de Alía, se aplicarán misas en sufragio de su alma los días 8 y 9 en varios templos de esta corte.

—Mañana se cumplirá el quinto aniversario del fallecimiento de D. Nicolás María Allendesalazar y Muñoz de Salazar, conde de Montefuerte, gentilhombre de cámara de Su Majestad.

Con este motivo se celebrarán misas en las iglesias del Buen Suceso, San Marcos, Misioneros del Corazón de María, padres Jesuitas, San Ginés, Calatravas, San José, San Francisco el Grande, San Ignacio, padres Paules, Los Luises e iglesia del Carmen, de esta corte, y los funerales en San Pedro, de Luno, en sufragio del alma del finado.

VIAJES

Los señores de Arquer-Garriga se encuentran en su finca de Sardañola.

—Marchan a sus propiedades los marqueses de Villamizar.

—Los señores de González-Hurtelise saldrán de viaje dentro de breves días.

—El ministro del Brasil en España, señor Peçanha, se encuentra en Marsella, adonde fué para recibir a su hermano, el ex Presidente de aquella República.

—Llegó a Barcelona, siendo huésped de la baronesa de Maldá, el marqués de Portago, padre de los barones de Segur.

—Han marchado a Barcelona D. Manuel Girona Vidal y Rafaelita Bosch Labris.

—Marchó a Mahón D. Guillermo Vidal Quadras.

—Llegó de Francia a Barcelona el barón de Roquetier.

—Marchan a Tiana los Sres. Lamaña Coll.

—Ayer salió para San Sebastián, donde ya se encuentra su familia, el duque de Medinaçeli.

—Mañana marcharán a la misma capital los marqueses de Mortara.

—El jueves saldrán para Biarritz los duques de Miranda.

—Los duques de Villahermosa y los marqueses de Guevara marcharán a San Sebastián.

—Los condes de Velayos pasarán el verano en Asturias.

—A Biarritz irán la señora viuda de Delgado y su hija.

—Los condes de Salinas regresarán el jueves de la finca «Trasmulas», en Granada, donde han estado una larga temporada.

—Ha salido para su casa de Bayona (Galicia) el marqués de Quintanar.

—También han marchado a Bayona las señoras de Canga-Argüelles con Píñita Canga-Argüelles.

—El marqués de Monteflorido y su hijo se han trasladado de Sevilla a Barcelona.

—Hoy marchan para su palacio de San Saturnino, en Galicia, la camarera mayor de la Reina Doña Cristina y el duque de la Conquista.

—El duque de Aveiro ha marchado a Africa, donde visitará a su primogénito, que sirve en aquel ejército.

—El diplomático Sr. Arcos ha marchado a San Sebastián para pasar unos días al lado de su madre, que se encuentra en aquella capital.

—El marqués de Esquilache ha regresado de Barcelona.

Las más lindas toilettes están en
LA VILLA DE PARIS
Tailleurs - Visitas - Soirée

LA MODA AL DIA

En vuestro tocador no debe faltar
EL DENTIFRICO
NACARINE

A LAS LECTORAS

No vale escandalizarse; lo que la Moda dicta, tarde o temprano todas acatamos.

¿No os habéis puesto alguna vez a pensar en las bruscas evoluciones de la moda? A veces son tan bruscas, tan imprevisibles, que más que evoluciones pueden llamarse revoluciones. Si pensamos un poco detenidamente y repasamos las modas que han ido sucediéndose y hemos adoptado, caeremos en la cuenta de lo sumisas que somos al acatar hechuras y formas en completo desacuerdo con las que veníamos llevando y que nos parecían del mayor «chico».

Hace diez años se llevaban las faldas «entravées»; eran muy incómodas, las mujeres andaban a saltitos, no podían subir a los vehículos, y si hubieran organizado un concurso de carreras pedestres entre chinas, con los pies martirizados, o elegantes con la falda «entravée», de no dar éstas de sí, las que tanto compadecemos hubieran llegado antes.

Una Casa creadora, en vista de las molestias que, pacientemente, sufrían las mujeres, decidió lanzar una innovación: la falda abierta. Las carreras de caballos son el escenario elegido por los modistos parisinos para exhibir sus creaciones; allí envió nuestro innovador a sus tres modelos vestidas con arreglo al capricho de su última fantasía.

¡Qué revolución! La gente corriendo de un lado a otro, comentando animadamente; los fotógrafos, eligiendo puntos estratégicos.

—¿Habéis visto la falda abierta?
—No. ¿Dónde, dónde?—preguntaban las voces, llenas de curiosidad.
—Allí, junto a las taquillas.
Inmediatamente corrían allí donde un grupo compacto indicaba algo sensacional; se empinaban, se subían a las sillas y velan. ¿Qué?

En el centro, tres modelos, acompañadas de un señor que oía a elegancia improvisada la «vis-à-vis», vestidas de colores vivos, que hoy nos parecen apagados, la falda estrecha y... una pequeña abertura a un costado, dejando ver apenas unos dedos de pantorrilla, ¡ah!, nada más que unos dedos; tímidamente aparecía el tobillo, y sin embargo, escándalo, risas, indignación...

Al final del día, todo París había pronunciado la irrevocable sentencia: nunca se verá a una mujer decente vestida de manera tan grotesca y cínica. Por lo visto, no quedaba una mujer decente en París, por-



¿Piel en verano y tules en invierno? Sí; esas son las contradicciones extrañas de la moda; perdonémosla en gracia a que lo hace por conseguir bonitos efectos.
El primer abrigo, que como sus vecinas las capas siguientes es sumamente estival, es de un tejido

que responde a un nombre estrambótico y viene a ser una especie de fina gabardina azul marino. El gran cuello vuelto, cae mucho en los hombros, muy desbocado sobre un frunce ligero en la espalda. Bordados de rafia multicolor. La capa del centro, de raso brillante marino y piel de zorro, o mon-

golla desrizada gris, es corta delante y larga detrás. Por último, ahí tenéis el «record» de la sencillez en esa capa que deberá ser del mismo tejido y color que el vestido, sin forro, muy abierta delante y con un cuello que puede ser de piel o de la misma tela.

que unos meses después todas descubrieran el tobillo, finamente cubierto con medias caladas, por la revolucionaria abertura.

¿Qué hubiesen dicho si llegan a ver a una de nuestras muchachas de ahora, de las llamadas decentes, pasear con las faldas por debajo de la rodilla, enseñando las pantorrillas, apenas veladas por sutilísima malla de seda, que ni siquiera oculta el azulado de las venas?

Y gracias a que no le da a la Moda por imponernos todavía las desnudeces del Directorio, porque ocurriría como siempre: que después de clamar contra ellas, terminaríamos por adoptarlas.

Quizás a esta superposición de ideas sobre la moralidad en el vestir contribuya no poco el amor propio de las mujeres bonitas, de las mujeres bien hechas, que ven toda la atención masculina reconcentrada a las osadas, que adoptan todas las innovaciones; ellas se sienten un poco pasadas de moda y olvidadas. Siempre en los pecados de la mujer tiene más del 95 por 100 de la culpa... el hombre.

La mujer no vive más que para agradar al hombre. Si viese que estas locuras y caprichos le disgustaban, su instinto la haría ser recatada y modesta; pero ve que aunque el hombre se asusta y protesta al principio, al fin se siente atraído por la novedad. El hombre es también un poco alondra y se deja seducir por algo que brilla.

El mejor dentífrico

CORALINE

PEDIDLO EN TODAS LAS PERFUMERÍAS

—¿Qué descabais?—preguntó aquel personaje al barón con ese tono brusco y casi feroz que los porteros de los ministerios modernos han conservado fielmente el uso y el monopolio.

Monsieur de Kerjean se descubrió y adoptó el aire humilde y modesto, y hasta un poco afectado, apropiado a su fisonomía y al traje del personaje que representaba.

—Querido y digno señor—dijo con aire dulce y sumiso—, desearía, si fuese posible, pasar recado a uno de los señores empleados en este departamento.

—¿Para asuntos personales?
—Sí, mi querido señor.
—No se incomoda a los empleados—repuso brutalmente el ujier.

—Por regla general, lo sé—prosiguió Kerjean con una voz cada vez más metulosa—; pero ha llegado a mi noticia que hay algunas excepciones, y en ciertos casos...

—¡Nunca!—interrumpió el cancerbero—. ¡No hay excepciones! ¡No tenéis nada que hacer aquí; marchaos!

Sin desconcertarse por esta rudeza, continuó el barón:

—Querido y digno señor: vivo lejos de aquí, muy lejos, fuera de París, en Auteuil, patria de Boileau. He hecho el viaje expresamente y os afirmo que me habla un gran perjuicio el tenerme que volver por donde he venido, por no haber sido vos complaciente. Mostraos, pues, generoso y caritativo, querido y digno señor, y no dudéis de mi reconocimiento... de mi reconocimiento inmediato.

Al decir esto, el barón sacó de su bolsillo una moneda de oro y la deslizó en la mano del ujier verdugo.

La fisonomía de este último cambió de repente en risueña.

—Vamos—dijo—, veo que sois un hombre honrado, y a mí me gustan así las gentes; quiero complacerlos. ¿Cómo se llama el empleado a quien deseáis ver?

—Nicolás Barbet.
—Y vos, ¿cómo os llamáis?
—David Verrier, para serviros, querido y digno señor.

—No puedo—contestó el ujier—dejaros hablar aquí al señor Nicolás Barbet, porque está prohibido en los reglamentos, y eso me haría perder mi destino; pero voy a decirle por lo bajo a dicho señor Barbet que un amigo le espera en el patio. Bajais lo más pronto posible, él bajará también y os encontraréis como por casualidad, lo que pondrá a cubierto mi responsabilidad. ¿Me habéis comprendido?

—Perfectamente.
Lucas de Kerjean le dió las gracias y el ujier desapareció por una de las puertas que daban a las oficinas.

Un instante después, el gentilhombre, que se paseaba contando los pasos por el patio cuadrado, vio llegar a un hombrecillo de rostro astuto que miraba a todos lados. Aquel hombrecillo estaba descubierta, y llevaba unos manguitos de tela negra para prolongar en lo posible la dudosa juventud del paño de su levita.

El barón se dirigió hacia él y lo abordó con las siguientes palabras:

—Os presento mis respetos, señor Nicolás Barbet.

—¡Ah! ¿Sois vos quien pregunta por mí, maese David!—dijo el hombrecillo con cierta sorpresa.

—Ya lo veis.

—¿Y en qué puedo serviros?
—Venid hacia aquí y hablaremos, mi buen amigo—dijo Kerjean, tomando a su interlocutor por el brazo para conducirlo al rincón más solitario del patio.

Una vez allí, y seguro de no poder ser ni espiado ni oído, se inclinó hacia el empleado de policía y dijo rápidamente a su oído:

—M. Sartines acaba de recibir hace una hora la visita de un gran señor que se llama duque de Simeuse. Tengo necesidad de saber al momento el objeto de su visita.

—Es muy difícil, pero no imposible—repuso Nicolás Barbet—. El ujier de servicio en la antecala de monseñor tiene la costumbre de escuchar siempre a través de las puertas, inocente distracción que aumenta sus placeres.

—¿Estáis bien con ese ujier?

29 de febrero de 1752; la dijo cómo el horóscopo formulado por Ivonne Tréal, veinte años antes, había sido confirmado la víspera en la Casa Roja por las palabras de «la Vampira» y por la aparición mágica de monsieur de Kerjean; le hizo, en fin, ver palpablemente la espada de Damocles, que el Destino tenía suspendida sobre su cabeza, y cuyo terrible golpe sólo podía parar el barón.

El valor moral de Juana (tenemos la prueba de ello) rayaba casi en el heroísmo, y, sin embargo, mientras su madre la hablaba, parecía que su corazón cesaba de latir.

Un sudor frío humedecía sus sienes, y creía oír zumbir en sus oídos el lúgubre toque de la agonía, y en el fondo de su alma se decía:

—¡Morir a los veinte años!... ¡Morir cuando se ama y cuando una es amada!... ¡Oh, Dios mío!... ¿No tendréis piedad de mí?... ¿No alejaréis de mí el cáliz de la amargura?...

—Ahora ya lo sabes todo, hija mía—añadió la duquesa cuando hubo acabado.—No tengo ningún secreto para ti. De un lado, la muerte segura; de otro, la salvación cierta. ¿Qué decides?...

Juana levantó la cabeza, y la sonrisa sublime y resignada que se veía errar en otro tiempo sobre la boca de las jóvenes mártires, asomó a sus pálidos labios.

—Madre querida—dijo—, ¿por qué me preguntas eso? ¿Conoces tan mal el corazón de tu hija? El peligro no arredra a una Simeuse, y no excusaría, por lo tanto, una traición. Persisto...

Al escuchar esta altiva respuesta, el corazón de la duquesa latió, a la vez, de dolor y de orgullo.

Tomó la cabeza de Juana y besó apasionadamente su blanca frente y sus cabellos negros.

—Hija mía—la preguntó—, ¿qué se debe responder mañana al barón Lucas de Kerjean?

—Le podéis responder que con vuestro permiso he dado mi corazón, y permaneceré fiel hasta la muerte a mi prometido René de Rieux.

—Entonces—exclamó la duquesa—, no

nos queda más esperanza que Dios. ¡Roguémosle, hija mía! ¡Roguémosle!...

—Y que Dios nos escuche—añadió Juana, arrodillándose al lado de su madre.—Porque, a decir verdad, soy demasiado joven y muy dichosa para morir...

Dos horas después, próximamente, de la entrevista que acabamos de dar cuenta a nuestros lectores, el duque de Simeuse regresaba al palacio, después de haber visto al intendente de Policía, y de cuya visita conocemos ya el objeto principal.

Monsieur de Sartines, así como había dicho el duque, se había puesto enteramente a sus órdenes, excusándose de no poder satisfacer su curiosidad en aquel momento (aun los empleados más antiguos e inteligentes tienen necesidad de algunas horas para operar investigaciones entre los inmensos Registros de Policía), y había prometido enviarle, en la noche de aquel mismo día, una relación tan completa y detallada como fuera posible acerca del barón de Kerjean.

Retrocedamos dos horas y tomemos nota de un hecho, casi insignificante en apariencia, pero que, sin embargo, es indispensable conocer para la mejor inteligencia de lo que sigue.

En el momento en que el carruaje de monsieur de Simeuse franqueaba la puerta monumental de la casa ducal, daba la vuelta a la izquierda, en la calle de los Fosos de San Víctor, y atravesaba la calle de Clovis, un hombre que vestía el traje más modesto de los «ganapanes» o mozos de cuerda; abandonaba el guardacantón en que estaba sentado, precisamente enfrente del palacio, y se disponía a servir el carruaje, lo que no ofrecía grandes dificultades para un peatón, a pesar de la fogosidad de los caballos, porque era casi siempre imposible conducir rápidamente un carruaje por las calles, en aquella época estrechas y llenas siempre de gente.

Este ganapán, verdadero o falso, encontró el medio de mantenerse constantemente a veinte pasos del carruaje, que marchaba delante de él.

Le acompañó de aquel modo hasta el palacio del intendente de Policía.

Se aseguró de que monsieur de Sartines

Cinematografía

La producción nacional

Otra vez, y con verdadera satisfacción, vamos a dar cuenta de un nuevo éxito de la casa Studio Films.

Demuestra esto de un modo que no deja lugar a dudas que en España se trabaja con entusiasmo y que muy pronto contaremos con una colección de películas que triunfarán en el mundo entero y obligarán a que los públicos, especialmente el nuestro, concedan a la producción nacional la atención que se merece.

La Studio Films pasará muy pronto en prueba una nueva cinta que se titula «Las máscaras negras», y se nos asegura que se trata de una serie de gran emoción e interés que puede competir con las mejores en su género.

Claro está que el esfuerzo que las casas españolas están haciendo para producir buenas películas es grande, es enorme, y claro está como la luz del día que si a este sacrificio no corresponden ni las Empresas, ni el público, ni la Prensa, llegará un momento en que el desaliento se apoderará de los que con tanto entusiasmo están trabajando, y lo tiren todo a rodar, gritando indignados: «¡Que trabajen los extranjeros, puesto que para ellos son los elogios de la Prensa, los aplausos del público y las pesetas de las Empresas!»

Verdad que es triste trabajar en estas condiciones, viendo que lo que se produce es bueno, a veces mejor que lo que figura en todos los carteles de todos los cinematógrafos, y ver cómo la producción se va amontonando sin que nadie la solicite, sin que nadie haga de ella el menor elogio.

Continuamente leemos en los periódicos y revistas profesionales largos artículos lamentándose de que nuestra producción sea incapaz de competir con la americana, la francesa y la italiana, y continuamente vemos cómo esos mismos periódicos y revistas dedican los más calurosos elogios a las películas extranjeras, no dedicando ni siquiera una línea para dar cuenta de haberse pasado en prueba una cinta de producción nacional.

Nosotros somos los primeros en dedicar elogios a la producción extranjera cuando éstos merecen; pero esto no nos impide tener el corriente a nuestros lectores de los éxitos que las casas españolas consiguen.

En poco tiempo ha lanzado al mercado la Studio Films tres cintas buenísimas, y aún no tenemos noticias de que ningún empresario madrileño haya alquilado ninguna de ellas. Lo mismo pasa en Barcelona, pues «El Diluvio», al escribir sobre la última producción de la Studio Films, dice: «Como esta clase de películas constituye hoy día la base de todo buen programa de cine, tenemos la seguridad que pronto veremos su estreno en los cines de Barcelona, que equivale a que la Studio venderá en seguida su última producción.»

Nosotros, como amantes de lo nuestro, así lo deseamos, pues ya va siendo hora que en los cines de aquí pueda sólo tener cabida el material extranjero.»

Como se ve, en España hay casas que, tra-

nando sin que nadie la solicite, sin que nadie haga de ella el menor elogio. Continuamente leemos en los periódicos y revistas profesionales largos artículos lamentándose de que nuestra producción sea incapaz de competir con la americana, la francesa y la italiana, y continuamente vemos cómo esos mismos periódicos y revistas dedican los más calurosos elogios a las películas extranjeras, no dedicando ni siquiera una línea para dar cuenta de haberse pasado en prueba una cinta de producción nacional.

Nosotros somos los primeros en dedicar elogios a la producción extranjera cuando éstos merecen; pero esto no nos impide tener el corriente a nuestros lectores de los éxitos que las casas españolas consiguen.

En poco tiempo ha lanzado al mercado la Studio Films tres cintas buenísimas, y aún no tenemos noticias de que ningún empresario madrileño haya alquilado ninguna de ellas.

Lo mismo pasa en Barcelona, pues «El Diluvio», al escribir sobre la última producción de la Studio Films, dice: «Como esta clase de películas constituye hoy día la base de todo buen programa de cine, tenemos la seguridad que pronto veremos su estreno en los cines de Barcelona, que equivale a que la Studio venderá en seguida su última producción.»

Nosotros, como amantes de lo nuestro, así lo deseamos, pues ya va siendo hora que en los cines de aquí pueda sólo tener cabida el material extranjero.»

Como se ve, en España hay casas que, tra-

bajan, que producen, que pueden llegar a ocupar un puesto preferente en el mercado mundial; pero como se ve también, son muchos, muchos los que parece tener un gran empeño en que no se trabaje, en que no se produzca, en que la producción nacional no se cotice en el mercado.

Nada tendría de particular, de seguir así las cosas, que un buen día nos llegase la noticia de que las casas productoras españolas habían cerrado sus puertas, y entonces... ¡oh, entonces!, qué cosas se leerían en los periódicos y revistas profesionales, qué cosas dirían los empresarios y cómo el público se lamentaría de no poder ver películas españolas.

Aquí somos así.

M. R.

OSWI OSWALDA

Esta bella actriz ha obtenido un éxito al interpretar el papel de la protagonista de la *Princesita de las ostras*, que ha llamado tan poderosamente la atención.

Los aficionados al cine pueden conocer a esta artista y darse cuenta de su interesante trabajo acudiendo al PRINCIPE ALFONSO, el lindo teatro de la calle de Génova, que goza de la predilección de nuestro aristocrático público.

Príncipe Alfonso está admirablemente acondicionado para la temporada de verano, y a esto es debido, tanto como a las grandes novedades del cartel, la gran concurrencia de público que allí acude.

Los últimos estrenos

«LA PRINCESA DE LAS OSTRAS» Segunda película de producción alemana que se presenta al público desde que se declaró la guerra europea.

Su argumento es muy movido y está muy bien desarrollado.

Hay situaciones graciosas, de un humorismo y una picardía sorprendentes, tales como cuando espian al nuevo matrimonio por el ojo de la cerradura y cuando los rígidos servidores aguardan puro, cerillas, pañuelo, etc., en mano, el gesto de su señor para acudir, solidarios, a satisfacer la necesidad que sienta.

Ossi Oswald está acertadísima en el desempeño del papel de la alegre protagonista, y todos los demás intérpretes en los que les han sido encomendados.

La película es una crítica de las costumbres de los despoticos multimillonarios, de los que Norteamérica es tan pródiga, que todo lo supeditan al dinero, posponiendo a la influencia del oro las demás virtudes y poderes de la tierra.

El argumento no es muy nuevo; pero está llevado a la pantalla con lujo de presentación y con indudable gracia, hasta el punto de no desmerecer de otras cómicas producciones de marcas afortunadas.

STASIA NAPIERKOWSKA

Famosa y hermosísima bailarina, que tuvo un éxito grandísimo al debutar en el teatro de la Opera Cómica, de París, adonde llegó siendo casi una niña, después de haber triunfado en los principales teatros del mundo.

En pocos días su nombre se hizo popular en París, y su fama fue tan grande, que a diario recibía ofrecimientos de contratos fabulosos.

En los principios de la cinematografía, cuando no se podía suponer que la escena muda había de adueñarse del gusto del público, la casa Pathé contrató a Stasia Napierkowska, que impresionó varias cintas en compañía de Capellani y Max Linder.

En «La novela de la momia» hizo un atarde como gran actriz cinematográfica e inimitable bailarina.

El éxito fue enorme, y desde este momento pudo consagrarse en la cinematografía como una gran actriz.

Hizo después con éxito grandioso «David y Goliath», «La Navidad del pintor», «El velo de la felicidad» y otras.

La belleza de esta artista ha cautivado a muchos españoles, y algunos de ellos la siguieron en sus viajes.

POR ESOS MUNDOS

Un empresario norteamericano se gastó en publicidad para una sola película 100.000 pesetas.

Wanda Hawly es seguramente la artista de cinematografía que desde más joven ha comenzado a ganar dinero.

A los seis años ganaba ya sumas considerables, gracias a su gran talento musical.

Noticias de América dicen que el famoso cómico Carlitos Chaplin ha terminado una

nueva producción en cinco rollos, y todavía no bautizada, que seguramente obtendrá el favor del público.

Las últimas producciones francesas que reciben el favor del público en la actualidad son las siguientes:

«El Carnaval de las verdades», por Susana Despres; «Una novela de amor y de aventuras», por Sacha Guitry e Ivonne Printemps; «Petit café», por Max Linder, y «Los amores de un caracol» (dibujos)

Se asegura que el viaje que a California ha hecho Jack Dempsey no tiene más objeto que el de dedicarse a la cinematografía.

Lo que ganan las estrellas de la cinematografía

Cuando se conoció la cifra del contrato firmado por Charles Chaplin con el Primer Circuito Nacional de Exhibidores de los Estados Unidos, los comentarios de asombro que se produjeron en todas partes fueron enormes.

— ¡Un millón de dólares por ocho películas! ¡Qué atrocidad! ¡Ni que las películas fueran de oro!

Y no se conocían los detalles del contrato por virtud de los que Chaplin se comprometía a entregar ocho películas completamente terminadas, y siendo de su cuenta todos, absolutamente todos los gastos que ocasionara la producción de estas cintas.

Pues bien; estableciendo una comparación entre el contrato de Chaplin y las cifras que alcanzan algunas artistas americanas, se comprenderá con cuánta razón Chaplin hablaba no hace mucho tiempo de los perjuicios que le había ocasionado el contrato del millón de dólares. Véase la muestra:

La Goldwyn Pictures abona semanalmente a Geraldine Farrar 10.000 dólares.

Mary Pickford cobró durante el año 1919 medio millón de dólares. Debe tenerse en cuenta que Mary Pickford sólo tomó parte en tres películas.

Cifras análogas han cobrado en dicho año otras dos estrellas americanas: Norma Talmadge y Anita Stewart.

La casa William Fox ha abonado durante mucho tiempo 4.000 dólares semanales a Theda Bara.

William S. Hart ganó en los años 1918 y 1919 la respetable suma de 900.000 dólares, y se calcula que en 1920 y 1921 obtendrá 2.250.000 dólares por interpretar nueve fotodramas cada año.

Los sueldos de 1.000 a 5.000 dólares por semana son muy frecuentes entre las «estrellas» y «ases» americanos. El artista español Antonio Moreno gana 5.000 dólares semanales.

Mary Miles, la competidora de Mary Pickford, ganará en el presente año 10.000 dólares por semana, o lo que es lo mismo, más de medio millón de dólares al año.

Preguntas contestadas

Unos curiosos.—Madrid.—La combinación del fonógrafo con el «cine» es viejísima.

Puede decirse que este ensayo se hizo con las primeras películas, pero no ha resultado.

—El actor por quien preguntan trabaja en la casa Fox.

Un aspirante a acomodador.—Madrid.—Nosotros no sabemos cuando estará terminado el nuevo cinematógrafo de la Empresa Sagarra.

Escriba usted o pregunte al representante del Real Cinema y quizá él pueda contestarle.

Luz-Bel.—Sevilla.—No tenemos la menor noticia de que la famosa Talmadge tenga pensado venir a España.

La película a la que usted se refiere es «La casa del odio». Queda complacida y puede preguntar cuanto guste, en la seguridad de que no nos molesta.

recibía al duque de Simeuse, y una vez adquirida esta certeza, su misión se encontraba cumplida, pues abandonó el carruaje, en cuyo seguimiento había ido hasta entonces, y tomó rápidamente el camino del muelle de San Pablo.

Aquel hombre tenía unas piernas de acero.

Ahora que nada le obligaba, al parecer, a acelerar su paso, devoraba materialmente el espacio. Sin que pudiera decirse que corría, iba tan de prisa como un caballo lanzado al trote, y atropellaba brutalmente a los transeuntes que su mala estrella colocaba en su carrera y no se separaban con prontitud.

De este modo llegó frente a una casa, o más bien de un pequeño hotel de buena apariencia, de un solo piso, y cuyas ocho ventanas daban al Sena.

En lugar de levantar y dejar caer el pesado aldabón de la entrada principal, sacó de su bolsillo una llave, con la cual abrió una puercecita que había al lado de la grande, y penetró en el hotel.

Esta era la habitación de Lucas de Kerjean.

Este falso ganapán era Maló, el criado de confianza del barón.

XX

Un informe de la Policía.

Bajo la bóveda de la puerta cochera del pequeño hotel del muelle de San Pablo se abría la galería de cristales de una espaciosa escalera que conducía al primer piso.

Maló subió rápidamente los escalones de aquella, atravesó una antecámara de medianas dimensiones; luego, una sala, amueblada con bastante lujo, pero un poco antiguo, y golpeó ligeramente en una pequeña puerta que disimulaba, bajo sus pliegues, una colgadura de antiguo terciopelo carmesí.

— ¿Eres tú, Maló? — preguntó desde el interior la voz de Lucas Kerjean.

— Sí, señor barón, soy yo.

— Entra. Te esperaba.

El criado no se hizo repetir dos veces aquella orden, y penetró en una especie

de pequeño salón de fumar, ovalado, muy elegante, cuyas paredes estaban enmaderadas de blanco, realzadas por adornos de oro e «ilustradas» con camafos mitológicos.

Monsieur de Kerjean, medio reclinado sobre un sofá de tapicería de Beauvais, jugaba con las lentejuelas de su casaca, recorriendo distraídamente las páginas de una novela de Crebillon, hijo.

En el momento en que Maló traspuso el dintel del saloncito, el gentilhombre dejó caer el libro, preciosamente encuadrado en piel roja, con el canto dorado.

El criado saludó y se mantuvo de pie, a alguna distancia de su amo, en una actitud discreta y respetuosa.

— Puesto que ya estás de vuelta — dijo Lucas de Kerjean —, es que, sin duda, ha ocurrido algo nuevo.

— Así es, señor barón.

— ¿Y qué es lo que ocurre?

— El señor duque de Simeuse ha salido de su palacio.

— ¿En coche o a pie?

— En su carruaje, señor barón.

— ¿Le has seguido?

— El señor barón me habla dado esa orden.

— ¿Adónde ha ido?

— Directamente al palacio del señor intendente de Policía.

El barón de Kerjean no manifestó sorpresa alguna.

— Eso debía suceder — murmuró el barón —; estaba seguro de que lo haría.

Después repuso en alta voz:

— ¿Naturalmente que monsieur Sartines habrá recibido al señor duque de Simeuse?...

— Sí, señor barón, al momento. He estado sin perder un minuto la pista, y he corrido a prevenirle al señor barón.

— Has hecho bien. Voy a salir.

— ¿Mando que enganchen?

— Es inútil; saldré a pie. Vas a vestirme.

— ¿Qué traje quiere el señor barón?

— El traje completo color de tabaco de España, con la pequeña peluca redonda y el sombrero negro sin galones. Voy a ser,

durante una hora o dos, un puro y simple particular de París.

— ¿El señor barón se va a vestir en este salón?

— No, en mi cuarto. Ve a preparar todo, que allá voy yo.

Una sencilla mampara de seda de China separaba aquel salón de la alcoba a que vamos a conducir a nuestros lectores, que creemos quedará suficientemente descrita cuando digamos que ofrecía un exacto parecido al estilo de Luis XV, en sus más graciosas presunciones.

Maló apoyó el dedo sobre uno de los adornos del maderaje de aquella habitación.

Una puerta, en la que ningún indicio exterior acusaba su existencia, se abrió de repente y dejó expedita la entrada de una segunda habitación, muy curiosa, a buen seguro, y digna de atención, en el sentido de que parecía la tienda de un sastre o el almacén de un chamarrero, infinitamente más que el tocador y ropero de un gentilhombre.

En efecto, las paredes desaparecían completamente bajo una enorme cantidad de trajes de todos colores y de todas formas, unos al lado de otros, sobre perchas y colocados en perfecto orden.

¡Seguramente el guardarropa de un teatro de primer orden hubiera sido menos rico!

Cada una de las clases de la sociedad, las más humildes como las más elevadas, se encontraban representadas en aquella colección por un traje, viejo o nuevo, harapiento o reluciente.

Trajes de gentilhombre, de cortesano, de criado, de sacerdote, de mujer, de la clase media, de mercader, de oficial, de simple soldado, de mozo de cuerda, de carbonero, de traper, de obrero y mucho más, estaban allí completos.

Una mesa larga y estrecha colocada en medio de la pieza soportaba sombreros de todas formas, pelucas de todos colores, bastones, cañas, espadas, pistolas y puñales.

En aquella mesa no faltaba nada, desde el peinado hasta el calzado.

Entre aquellos trajes, tan numerosos y

variados, es donde Maló buscó el traje completo color tabaco de España, pedido por Kerjean.

Algunos minutos bastaron al barón para su tocado.

Medias finas y zapatos llenos de clavos de cobre reemplazaron a las medias de seda y a los zapatos con tacón encarnado. Algunas arrugas, hábilmente imitadas con lápiz negro, envejecieron a Lucas lo menos en una docena de años.

Además, la pequeña peluca redonda y el sombrero negro con las alas abarquilladas modificaron la fisonomía del gentilhombre, hasta el extremo de desconocerle.

A la sortija que brillaba en el dedo anular de la mano izquierda, substituyó un anillo de hierro, cuya piedra llevaba grabada, en hueco, una antorcha encendida.

Entre muchos bastones, eligió un grueso junco con puño de marfil, en forma de pico de cuervo.

Puso en el bolsillo de su casaca un puñado de monedas de oro, y después de haber dirigido al espejo una mirada de satisfacción, dejó su habitación del muelle de San Pablo, imitando con maravilloso talento el paso desigual y distraído de un buen particular que cruza las calles para matar el tiempo, y tomó la dirección del palacio del intendente de Policía.

Este y sus dependencias nadie ignora que se encontraban entonces sobre el terreno que ocupan en nuestros días sombríos y lóbregos edificios de la calle de Jerusalén. Una parte de las construcciones antiguas están aún en pie.

Monsieur de Kerjean penetró en aquel patio cuadrado de lúgubre aspecto, cuyos muros conservan algunos vestigios casi indescifrables de los frescos del siglo XVIII, y subió la escalera de la izquierda, como hombre a quien el interior del palacio le era familiar, y sobre la plataforma del primer piso se encontró enfrente de un gran ujier, vestido de negro, con cadena de plata y de extraño semblante.

Este ujier, consigna viviente, tenía por misión impedir a todo profano el que penetrara indiscretamente en el misterioso santuario de la Policía.